

que la policía sanitaria y los descubrimientos de las ciencias médicas hayan añadido algunos años más á los que por término medio dure actualmente la vida del hombre, y, en fin, que numerosas comodidades y lujos hoy desconocidos, ó reservados sólo á muy pocos, se hallen al alcance de todo hombre diligente y activo.

CAPÍTULO IV.

Advenimiento de Jacobo II.—(1685).

I. Muerte de Carlos II.—II. Sospechas de envenenamiento.—III. Discurso de Jacobo II en el Consejo Privado.—IV. Proclamación de Jacobo.—V. Estado de la Administración.—VI. Nuevos arreglos.—VII. Sir Jorge Geffreys.—VIII. Recaudación de los impuestos sin acta del Parlamento.—IX. Convocación de nuevo Parlamento.—X. Relaciones de Jacobo II y el Rey de Francia.—XI. Churchill enviado de embajador á Francia. Su historia.—XII. Relaciones de las potencias continentales con Inglaterra.—XIII. Política de la corte de Roma.—XIV. Incertidumbre de Jacobo.—XV. Fluctuaciones de su política.—XVI. Celebración pública de las ceremonias del culto católico en Palacio.—XVII. Coronación de Jacobo II.—XVIII. Entusiasmo de los *tories*.—XIX. Las elecciones.—XX. Proceso de Oates.—XXI. Proceso de Dangerfield.—XXII. Proceso de Baxler.—XXIII. Reúnese el Parlamento de Escocia.—XXIV. Jacobo II y los Puritanos.—XXV. Crueldad del Gobierno con los *covenantarios* escoceses.—XXVI. Intenciones de Jacobo respecto de los *cuáqueros*.—XXVII. Guillermo Penn.—XXVIII. Benevolencia del Gobierno para con los católicos y los *cuáqueros*.—XXIX. Reúnese el Parlamento de Inglaterra.—XXX. Trevor elegido *Speaker*.—Carácter de Seymour.—XXXI. Votación del impuesto.—XXXII. Acuerdos de la Cámara popular en la cuestión religiosa.—XXXIII. Votación de un impuesto nacional.—XXXIV. Sir Dudley North.—XXXV. La Cámara de los Lores.—XXXVI. *Bill* revocando la acusación de Stafford.

I.

MUERTE DE CARLOS II.

La muerte de Carlos II sorprendió á la nación. Era de complexión fuerte, y no parecía haber sufrido por

efecto de los excesos. Había cuidado siempre en extremo de su salud aun en medio de los placeres, y sus hábitos prometían larga vida y robusta ancianidad. Todo lo que tenía de indolente en lo que requería algún ejercicio del entendimiento, tenía de activo y constante en los ejercicios corporales. Cuando joven, había tenido fama de gran jugador de pelota (1), y era aún en el ocaso de la vida infatigable andarín, de tal modo, que costaba trabajo á los que eran admitidos á pasear en su compañía sostener su paso ordinario. Era gran madrugador, y generalmente pasaba tres ó cuatro horas al día al aire libre. Veíasele siempre por las mañanas, cuando aún la escarcha tapizaba el césped, en el parque de Saint James, correr entre los árboles, jugando con sus lebreles y arrojando puñados de trigo á los patos, todo lo cual le hacía querer del vulgo, que siempre gusta de los grandes que no reparan en descender hasta él (2).

Pero hacia el fin del año 1684, un ligero ataque que se creyó ser de gota le impidió salir como de costumbre. Pasaba entonces las mañanas en su laboratorio, donde se entretenía en hacer experimentos sobre las propiedades del mercurio. Su carácter parecía haber sufrido por efecto de este encierro. No había, sin embargo, causa aparente que pudiera inquietarle; su Reino estaba tranquilo; no tenía necesidad urgente de dinero; era su poder mayor que nunca, y el partido que por largo tiempo le había amenazado estaba vencido y deshecho por completo. Pero la alegría, que le había sostenido en la adversa fortuna, habíase desvanecido en la época de prosperidad.

(1) Pepys's, *Diary*, dic. 28, 1663. Set. 2, 1667.

(2) Burnet, i, 606; *Spectator*, núm. 462; *Lords' Journals*, oct. 28, 1678; Cibber's, *Apology*.

Cualquier cosa ahora bastaba para abatir aquel espíritu que siempre se había levantado animoso contra la derrota, el destierro y la miseria. Sus frecuentes accesos de furor mostrábanse con gestos y palabras que apenas se hubieran esperado de hombre tan distinguido, por su constante buen humor, así como por su cortesía. A pesar de todo esto, nadie creía, sin embargo, que su salud estuviera seriamente amenazada (1).

Raras veces había presentado su palacio más alegre ó más escandaloso aspecto que en la noche del domingo primero de febrero de 1685 (2). Algunas personas graves que, según la usanza de la época, habían ido á ofrecer sus respetos al Soberano, y que esperaban que en tal día presentaría la Corte aspecto más decoroso, estaban llenas de admiración y de horror. La gran galería de Whitehall, admirable reliquia de la magnificencia de los Tudors, estaba llena de libertinos y jugadores. Veíase allí al Rey sentado en alegre charla con tres mujeres, cuyos encantos eran el orgullo de tres naciones que deshonraban con sus vicios. Era una de ellas Bárbara Palmer, duquesa de Cleveland, que si bien no era ya joven, aun conservaba las huellas de aquella soberbia y voluptuosa hermosura que veinte años antes subyugaba los corazones de cuantos la trataban. Allí estaba también la Duquesa de Portsmouth, cuyas facciones de infantil dulzura parecía iluminar la vivacidad de la Francia. Ultimamente completaba el grupo Hortensia

(1) Burnet, i, 615, 606; Welwood, 138; North's, *Life of Guildford*, 251.

(2) Aprovecho esta oportunidad para advertir que siempre que dé una sola fecha, seguiré el antiguo estilo, que era en el siglo xvii el adoptado en Inglaterra, pero el año lo cuento siempre á partir de 1.º de enero.

Mancini, Duquesa de Mazarino y sobrina del gran Cardenal. Desde muy niña había salido de Italia, su país natal, para ir á vivir á la corte, donde su tío mandaba como soberano. Su poder y sus atractivos habíanle formado muy pronto una corte de ilustres ambiciosos, y el mismo Carlos, cuando se hallaba en el destierro, había solicitado inútilmente su mano. La naturaleza y la fortuna parecían haber derramado á competencia sobre ella sus más valiosos dones. Era su rostro hermoso con la espléndida belleza del Mediodía; su entendimiento pronto, graciosas sus maneras, elevado su rango y su fortuna inmensa; pero sus indómitas pasiones habían trocado todos estos beneficios en otras tantas maldiciones. No pudiendo sobrellevar la desdicha de un enlace infeliz, había huído del lado de su marido, abandonándole sus inmensas riquezas; y después de haber sido el escándalo de Roma y del Piamonte por sus aventuras, había fijado su residencia en Inglaterra. Su casa era el sitio favorito de los hombres de ingenio y de vida alegre, que á trueque de sus sonrisas y de su mesa, sufrían pacientemente sus frecuentes accesos de insolencia y mal humor. Rochéster y Godolphin olvidaron algunas veces en su compañía los cuidados de Estado; Barillon y Saint Evremond hallaron consuelo en su tocador á su largo destierro de París; la ciencia de Vossius, el ingenio de Waller, empleábanse diariamente en adularla y divertirla; pero su mente enferma necesitaba más fuertes alicientes y los buscaba en la vida galante, en la bebida y en el juego (1). Mientras Carlos se entretenía con sus tres sultanas, el paje

(1) Saint Evremond *passim*, St. Real, *Memoires de la Duchesse de Mazarin*; Rochester's, *Farewell*; Evelyn's, *Diary*, sept. 6, 1676; June 11, 1699.

francés de Hortensia, hermoso mancebo cuya voz hacía las delicias de los cortesanos de Whitehall, que le recompensaban con numerosos presentes de ricos vestidos, caballos y guineas, entonaba una canción de amor (1). Una veintena de cortesanos, sentados alrededor de una gran mesa erizada de montes de oro, jugaban á los naipes (2). Habíase ya quejado el Rey de que no se sentía del todo bien; cenó sin apetito, y su sueño fué intranquilo; pero á la mañana siguiente madrugó como de costumbre. Aquella mañana era esperada con ansiedad por las opuestas facciones que dividían el Consejo. La lucha entre Halifax y Rochéster parecía aproximarse á su término. No contento Halifax con haber hecho salir á su rival de la Tesorería, habíase propuesto acusarle y demostrar que era tal su criminalidad ó negligencia en el manejo de los caudales, que debería sin duda de castigársele privándole para siempre de todo empleo público; y aun se susurraba que el Lord Presidente sería enviado tal vez á la Torre. Había prometido el Rey tomar cartas en el asunto, y se había fijado el 2 de febrero para la información. Varios oficiales de Hacienda habían recibido orden de estar prontos con sus libros para comparecer ante el Consejo (3). Mas la fortuna preparaba uno de sus frecuentes cambios.

Apenas había dejado Carlos el lecho, advirtieron sus criados que tenía el rostro demudado y que parecía desvariar. Algunos individuos de la nobleza asis-

(1) Evelyn's, *Diary*, enero 28, 1684-5; Saint Evremond, *Carta á Déry*.

(2) Evelyn's, *Diary*, feb. 4, 1684-5.

(3) Roger North: *Life of Sir Dudley North*, 170; *El verdadero patriota vindicado, ó justificación de Su Excelencia el C. de R.*; Burnet, I, 605. Los *Libros del Tesoro* prueban que Burnet tenía buena inteligencia.

tian, como de ordinario, al tocador del Soberano, que se esforzaba en conversar con ellos con su habitual alegría; pero la inseguridad de su mirada les sorprendió y causó en todos general alarma. Muy pronto aumentó la lividez de su rostro; los ojos giraron en sus órbitas; lanzó un grito, vaciló, y cayó en brazos de lord Tomás Bruce, hijo del Conde de Ailesbury. Hallábase presente el médico que tenía á su cargo las reales retortas y crisoles, y como no tenía allí lanceta, valióse de un cortaplumas para sangrar al Rey. La sangre corrió libremente, pero el enfermo no volvía en sí.

Trasladósele al lecho, donde por breve espacio la Duquesa de Portsmouth permaneció á su lado prodigándole los cuidados de una esposa. Pero ya se había dado la voz de alarma, y la Reina y la Duquesa de York corrían apresuradamente al lado del Monarca. Entonces la concubina favorita tuvo que retirarse á sus aposentos; á aquellos mismos aposentos que por tres veces habían sido derribados, y que su regio amante por complacerla había hecho reedificar otras tres veces. El servicio de la chimenea era de plata maciza; las paredes ostentaban hermosos cuadros que pertenecían á la Reina y que habían sido trasladados á las habitaciones de la favorita. Lucían los aparadores vajilla ricamente labrada, y en las rinconeras trabajos de ebanistería, obras maestras del arte japonés.

Las colgaduras, recién construídas en los telares de París, ostentaban en brillantes colores, con que no podía competir la tapicería inglesa, aves de espléndido plumaje, paisajes, partidas de caza, la aristocrática azotea de San Germán y las estatuas y fuentes de Versalles (1). En medio de este esplendor, comprado

(1) Evelyn's, *Diary*, enero 24, 1681-2; octubre 4, 1683.

con la deshonra y la vergüenza, la infeliz se entregó á la más desoladora angustia, que, si se le ha de hacer justicia, no era completamente egoísta.

Y las puertas de Whitehall, que ordinariamente estaban abiertas para todo el mundo, permanecían ahora cerradas, y sólo á personas conocidas se permitía la entrada. Así y todo, pronto se llenaron de gente las antecámaras y galerías, y hasta el regio aposento se vió pronto invadido de los Señores, Consejeros privados y Embajadores extranjeros. Las notabilidades que en la ciencia médica encerraba Londres habían sido llamadas, y tan hondas eran en aquel tiempo las animosidades políticas, que fué mirada como cosa extraordinaria la presencia de algunos médicos *whigs* (1). Asistía también al Monarca un médico católico, renombrado por su ciencia, el Dr. Tomás Short, y algunas de las prescripciones facultativas que aun se conservan, llevan la firma nada menos que de catorce doctores. El paciente fué sangrado en abundancia, le aplicaron un hierro candente á la cabeza y le introdujeron en la boca una sal volátil extraída de sesos humanos. Por fin, consiguieron hacerle volver en sí, pero su situación era gravísima.

La Reina durante algún tiempo no se separó del lecho del enfermo, y el Duque de York apenas se movía de la cabecera de su hermano. El Primado y otros cuatro Obispos, que estaban entonces en Londres, permanecieron en Whitehall todo el día, y por la noche se relevaban en la habitación del Monarca.

A la nueva de su enfermedad, la tristeza y el desaliento se esparcieron por la capital. La ingénita bondad de su carácter y sus afables maneras habíanle granjeado el afecto de la mayor parte de sus súbditos,

(1) Correspondencia de Dugdale.

y aun aquellos que menos le querían, preferían su irreflexión y ligereza á la austera y ardiente devoción de su hermano.

La mañana del jueves 5 de febrero anunciaba la *Gaceta de Londres* que S. M. seguía bien, y que los médicos lo consideraban ya fuera de peligro. Lanzáronse á vuelo alegremente las campanas, y los vecinos se prepararon á solemnizar tan fausta nueva con iluminaciones y fuegos artificiales; mas apenas llegada la noche, súpose que la enfermedad se había agravado en términos de quitar á los médicos toda esperanza de salvación.

Causó esta nueva general trastorno, que no llegó con todo á convertirse en tumulto. El Duque de York, que había ya asumido en su persona el mando supremo, aseguró que la ciudad se hallaba completamente tranquila, y que sería proclamado sin dificultad tan pronto como su hermano dejase de existir.

El Rey entre tanto sufría horriblemente, y se quejaba de que sentía como si un fuego devorador le abrasase las entrañas. Nadie hubiera esperado de su blando y lascivo temperamento el viril aliento con que soportaba tan terribles dolores. El espectáculo de su miseria afectó á la Reina, hasta el punto de hacerla perder el sentido, y en tal estado fué trasladada á sus habitaciones. Los Prelados que le asistían, y que desde el principio le habían exhortado á prepararse á bien morir, juzgaron ahora de su deber insistir obstinadamente en esta idea. Guillermo Sancroft, Arzobispo de Canterbury, hombre honrado y piadoso aunque de cortos alcances, se expresaba con gran libertad. «*Ya es tiempo, decía, de hablar claro, porque estáis á punto de comparecer ante un Juez que no mira la calidad de las personas.*» El Rey no contestó una palabra.

Llegó entonces el turno á Tomás Ken, Obispo de

Bath y Wells, que á su vez desplegó toda su elocuencia para persuadir al Monarca. Era este Obispo hombre docto y de relevantes dotes; su sensibilidad era exquisita, é inmaculada su virtud. Sus eruditas obras yacen en el olvido desde hace mucho tiempo, pero sus himnos religiosos se repiten diariamente por millares de personas. Celoso defensor de la monarquía, como la mayor parte de los clérigos, no por eso llegaba al vergonzoso extremo de lucrar con sus opiniones, y antes de llegar á ser Obispo había mantenido el decoro de su orden negándose, cuando la corte estaba en Winchester, á permitir que Leonor Gwynn se alojase en la misma casa que él ocupaba como prebendado (1). El Rey que tenía suficiente talento para respetar tan varonil espíritu, entre todos los Prelados tenía por Ken especial predilección. En la ocasión presente no era preciso, sin embargo, que el buen Obispo desplegase toda su elocuencia, pues su solemne y patética exhortación, de tal modo conmovió á los circunstantes, que algunos de ellos le creyeron lleno de aquel mismo espíritu que, en los antiguos tiempos, había hablado por boca de Natán y Elías, haciendo pensar en el arrepentimiento á los Príncipes pecadores. Carlos, sin embargo, no se conmovió, ni hizo la menor objeción cuando se leyó el servicio religioso de los agonizantes. La única respuesta que daba á las continuas preguntas de los Prelados era que sentía con toda su alma el mal que había hecho, y aun permitió que se le absolviese según el rito de la Iglesia anglicana; pero cuando le decían que declarase que moría en la comunión de aquella Iglesia, hacía como que no oía, y no hubo

(1) Hawkins, *Life of Ken*, 1713.

quien pudiera hacerle recibir la Eucaristía de mano de los Obispos. En vano fué traer una mesa con pan y vino al lado de su lecho: unas veces decía que no había prisa, y otras que se sentía demasiado débil.

Atribuían muchos esta apatía á desprecio por las cosas divinas, mientras que otros encontraban más fácil explicación en el natural temor que casi siempre precede á la muerte; pero algunos había en Palacio que conocían mejor la verdadera causa de la conducta del moribundo. Carlos no había sido nunca miembro sincero de la Iglesia establecida, y por largo tiempo su mente había oscilado entre el Hobbismo y la religión católica. Cuando disfrutaba de buena salud y el temor de la muerte no le asediaba, burlábase igualmente de ambas; pero en los momentos de peligro volvía siempre los ojos á la Iglesia de Roma. Sabía esto el Duque de York; pero ocupado únicamente en el cuidado de sus propios intereses, había ordenado que se cerrasen las puertas exteriores, que en diferentes partes de la ciudad se apostasen destacamentos de la guardia, y hasta había obtenido la débil firma del moribundo Monarca, para un documento que prorrogaba el pago de algunos impuestos, que solo debían satisfacerse hasta la muerte del Rey, por el término de tres años. Todas estas cosas ocupaban de tal modo la atención de Jacobo, que aunque en ocasiones ordinarias era hasta indiscreto por su deseo de adquirir prosélitos á la Iglesia católica, no había reflexionado que su hermano se hallaba en peligro de morir sin recibir los últimos Sacramentos. Era esta negligencia tanto más extraordinaria, cuanto que la misma mañana que el Rey cayó enfermo, la Duquesa de York, á petición de la Reina, le había hecho presente la necesidad de que no faltasen al Rey los auxilios espirituales. No fué, sin embargo, á la piadosa

Reina ni á su cuñada á quien el Rey había de deber tan importante servicio. La vida frívola y entregada al vicio no había extinguido en la Duquesa de Portsmouth los sentimientos religiosos, ó al menos aquella bondad natural que es el más bello atributo de su sexo. Al ir á visitar Barillon, el Embajador francés, que había venido á Palacio á ver cómo seguía el Rey, la encontró presa de la más profunda tristeza. Hizole entrar en una habitación secreta y le comunicó lo que principalmente la afligía. *«Tengo que deciros una cosa importantísima, le dijo, que si llegara á saberse pondría en peligro mi cabeza. El Rey es real y verdaderamente católico y morirá sin reconciliarse con la Iglesia. Su cámara está llena de clérigos protestantes; yo no puedo entrar sin que mi presencia cause un escándalo; el Duque no se ocupa más que en sí mismo. Habladle, recordadle que un alma está en peligro; ahora él es el amo, y puede hacer despejar la cámara; id en seguida, ó será demasiado tarde.»*

Barillon corrió apresuradamente á la cámara del Monarca, llamó aparte al Duque, y le comunicó el mensaje de la favorita. La conciencia de Jacobo le afeó su conducta, y saliendo como de un sueño declaró que nada podría impedirle el terminar tan sagrado deber, cuyo cumplimiento se había dilatado en demasía. Para llevarlo á efecto varios proyectos fueron discutidos y rechazados, hasta que al fin mandó el Duque á los que rodeaban el lecho que se alejasen é inclinándose al oído de su hermano, murmuró algunas palabras que ninguno de los circustantes pudo oír y que todos suponían referirse á algún asunto de Estado. Carlos contestó en voz inteligible: *«Sí, sí, con todo mi corazón.»* Ninguno de los espectadores, á excepción del Embajador francés, sospechaba que con aquellas palabras declaraba el Rey su deseo de ser admitido en el seno de la Iglesia católica.

«¿Traigo un sacerdote? dijo el Duque.—Sí, hermano, replicó el enfermo, tráelo por Dios, y no pierdas tiempo. Pero... no; tal vez sea esto causa de trastornos.—Aunque me costara la vida, dijo el Duque, he de traer un sacerdote.»

No era, sin embargo, cosa fácil hallar, en un momento dado y para tal propósito, un sacerdote; pues la ley entonces establecía, que todo el que admitiese un prosélito en el seno de la Iglesia romana se hacía reo de pena capital. El Conde de Castel Melhor, noble portugués que arrojado de su país natal por las contiendas políticas había recibido hospitalaria acogida en la Corte británica, trató de buscar un confesor, para lo cual recurrió á sus paisanos que formaban parte de la servidumbre de la Reina; mas por desgracia ninguno de aquellos capellanes sabía el inglés ó el francés lo suficiente para confesar al Rey. Iban ya el Duque de York y Barillon á enviar por un clérigo á casa del Ministro veneciano, cuando oyeron decir que un fraile benedictino llamado Juan Huddleston se hallaba casualmente en Whitehall. Era éste el mismo que, después de la batalla de Worcester, había salvado la vida al Rey arriesgando la propia existencia; por lo cual, después de la restauración, había sido siempre exceptuado aun en las más ardientes manifestaciones contra los sacerdotes papistas; y cuando los falsos testimonios habían encendido en rabiosa furia á la nación contra los clérigos católicos, no sólo habían dejado tranquilo á Huddleston, sino que se le había exceptuado de la persecución haciendo especial mención de su nombre (1).

(1) Véase la *Gaceta de Londres* de 21 de noviembre de 1678. Barillon y Burnet dicen que Huddleston había sido exceptuado en todas las leyes que el Parlamento había hecho contra los clérigos; pero esto es erróneo.

No vaciló en exponer nuevamente su vida por el Rey; mas una nueva dificultad se presentaba en la ignorancia del buen fraile, que era tal que no sabía lo que había de decir en ocasión tan importante. Sin embargo, con algunas indicaciones que, merced al Marqués de Castel Melhor, le hizo uno de sus clérigos portugueses, no vaciló Huddleston en llevar adelante su propósito, y brevemente enterado de lo más preciso, subió por una escalera interior que conducía á la real cámara, guiado por Chiffinch, criado de confianza del Monarca, que si se ha de dar crédito á la crónica escandalosa de la época, estaba acostumbrado á introducir por aquel sitio visitas de muy distinta índole. En tanto, el Duque, en nombre del Rey, mandó á todos los presentes que saliesen del aposento, á excepción tan solo de Luis Duras, Conde de Feversham, y Juan Granville, Conde de Bath. Ambos Lores eran protestantes; pero Jacobo contaba con su fidelidad. Feversham, francés de noble cuna y sobrino del gran Turena, tenía un alto puesto en el ejército inglés, y era además chambelán de la Reina. Bath era primer gentilhombre de cámara.

Las órdenes del Duque fueron obedecidas, y hasta los médicos se retiraron. Abrióse entonces la puerta secreta y entró el padre Huddleston. Un amplio manto cubría sus sagradas vestiduras, y su tonsura estaba oculta por una espesa peluca. El Duque entonces, dirigiéndose al Rey, le dijo: «Señor, este buen hombre que ya en otra ocasión os ha salvado la vida, viene ahora á salvaros el alma.» Carlos contestó en voz muy débil: «Sea bien venido.» Huddleston empezó entonces el cumplimiento de sus sagrados deberes, en lo cual estuvo mejor de lo que nadie hubiera esperado. Se arrodilló al lado del lecho, y después de oír la confesión del moribundo, le absolvió y le administró la Extrema-

unción. Preguntóle luego si quería recibir el Señor. «*Sin duda*, contestó Carlos, *si no soy indigno.*» Trájose la hostia, y como Carlos se esforzase débilmente por levantarse y arrodillarse ante la Sagrada Forma, le ordenó el fraile que permaneciese acostado, asegurándole que Dios se contentaba con la humillación del alma, sin exigir la del cuerpo. Era tal el estado del Monarca; que siéndole muy difícil tragar la hostia fué necesario abrir la puerta y traer un vaso de agua. Terminada la santa ceremonia, el fraile puso ante los ojos de su penitente un crucifijo, y encargándole que fijase sus últimos pensamientos en la pasión del Redentor, se retiró. Había durado toda la ceremonia como tres cuartos de hora, y en este tiempo, los cortesanos que llenaban la cámara inmediata se habían comunicado sus sospechas con significativas miradas ó hablándose al oído. Por fin abrióse de nuevo la puerta, y la multitud volvió á llenar la cámara de la muerte.

Eran las altas horas de la noche, y el Rey parecía sentirse mejor después de lo que había pasado. Trajeron sus hijos naturales al lado del lecho, los Duques de Grafton, Southampton y Northumberland, hijos de la Duquesa de Cleveland; el Duque de Saint Albans hijo de Leonor Gwynn; y el Duque de Richmond, hijo de la Duquesa de Portsmouth. Carlos los bendijo á todos; pero habló con peculiar ternura á Richmond. Un rostro faltaba que todos echaron de menos: el mayor y el más querido de los hijos del Monarca, que estaba errante en el destierro. Ni una sola vez pronunció el Rey su nombre.

Durante la noche Carlos recomendó ardientemente á su hermano que no abandonase á la Duquesa de Portsmouth y su hijo, y aun añadió en tono sincero: «*No voyas á dejar morir de hambre á la pobre Nelly.*» La

Reina envió, por Halifax, á excusarse de su ausencia. Decía que se hallaba en tal estado de inquietud y turbación que no podía volver á ocupar su puesto al lado del Monarca, y al mismo tiempo imploraba su perdón, si involuntariamente le había ofendido alguna vez. «*Pobre mujer!* exclamó Carlos; *me pide perdón; yo se lo pido á ella con toda mi alma.*»

La luz de la mañana empezaba entonces á penetrar por las ventanas de Whitehall, y Carlos hizo que descorriesen las cortinas para poder ver una vez más la luz del día. Observó también que era tiempo de dar cuerda á un reloj que había cerca de su lecho; pequeñas circunstancias que se recordaron por mucho tiempo, por ser prueba indisputable y clara de que cuando se declaró católico romano se hallaba en la plena posesión de sus facultades. Pidió perdón á los que le acompañaron durante la noche de la molestia que les había causado, pues, decía, se había estado muriendo mucho más tiempo del que nadie hubiera podido esperar; mas con todo, no dudaba que le excusarían. Fué ésta la última muestra de aquella exquisita cortesía que tantas veces había sido bastante poderosa á hacer desaparecer el enojo de una nación justamente irritada. Apenas dichas estas palabras, su voz se debilitó hasta el punto de faltarle casi el habla, y antes de las diez de la mañana había perdido el conocimiento. Entre tanto, el pueblo acudía en tropel á las iglesias para asistir al servicio de la mañana, y cuando se leyó la oración por el Rey, los suspiros y sollozos en que prorrumpió la multitud mostraban cuán hondo y sincero era el cariño que profesaba al Monarca. Por fin, el viernes 6 de febrero á mediodía entregó el alma (1).

(1) Clarke's, *Life of James the Second*, 2, 713. Orig. Mem..